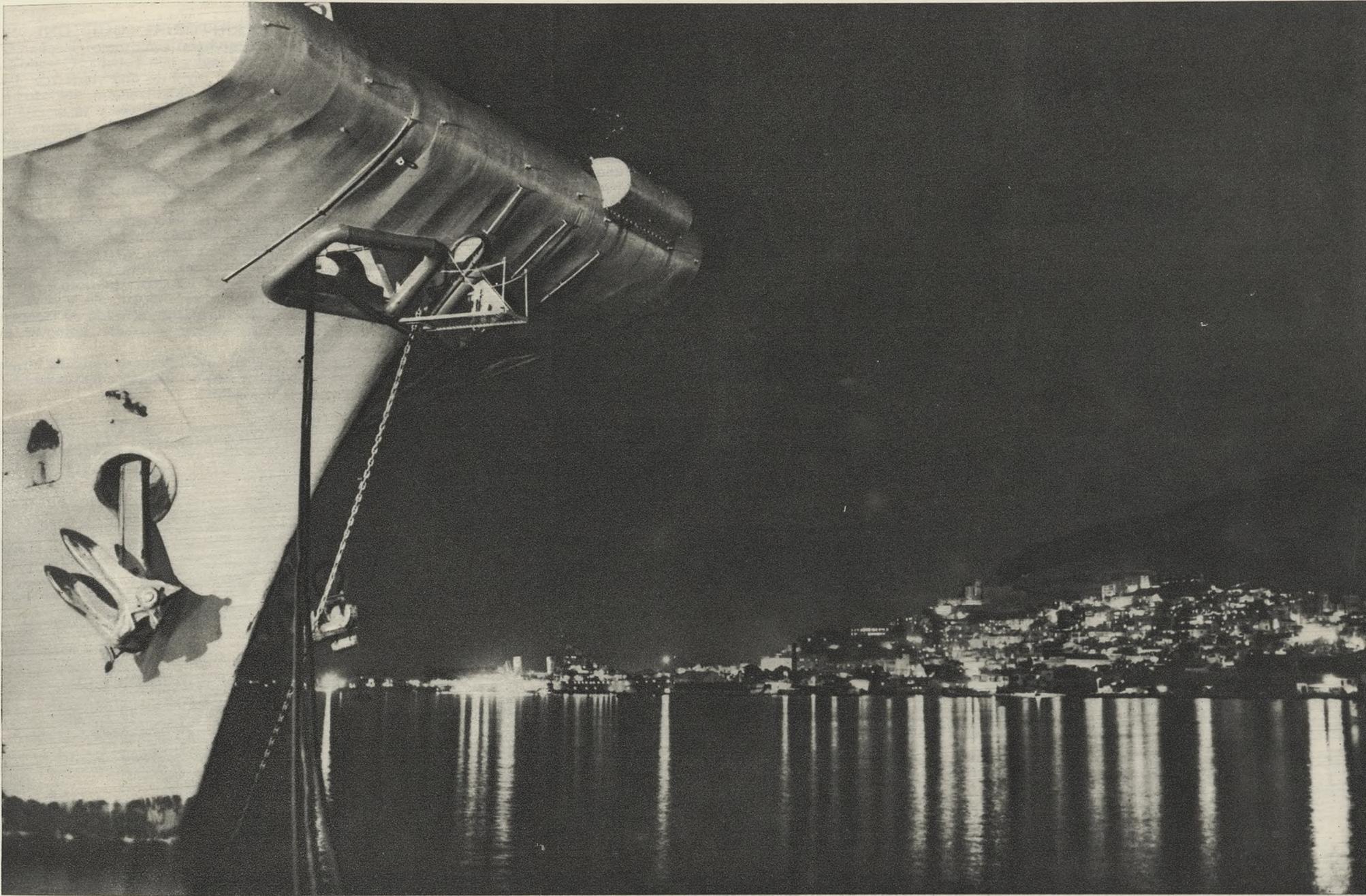


# GIBRALTAR FRUTA MADURA

POR  
CARLOS SENTIS



**G**IBRALTAR, DESDE LOS DÍAS DE NELSON, AUN MÁS QUE UNA FORTALEZA MILITAR ES UN PUEBLO, UNA ESCALA, UN CENTRO DE OPERACIONES en la ruta vigilante de la Armada Británica. Cara a Algeciras, unas cuatro millas al otro lado de la bahía de este mismo nombre, Gibraltar abre su puerto, en una gran parte militar y en una pequeña parte civil o comercial. Algunas grandes unidades de la Flota británica, como el «Vengeance», muy en primer plano de nuestra fotografía, no caben en el interior del puerto y mojan, a poca distancia, sobre las tranquilas aguas de la bahía. Durante la pasada gran guerra, aún más que en la anterior, el puerto de Gibraltar fué escenario de importantes y trascendentales acontecimientos. En Gibraltar tuvo lugar la gran concentración naval que hizo posible el desembarco angloamericano en África del Norte. En aquellos días los buques llenaban casi por entero la casi totalmente española bahía de Algeciras... En aquellos días, y siempre desde que el alcance de la artillería supera la distancia de una milla, el puerto de Gibraltar puede funcionar gracias a la benevolencia española. Cuando la artillería sólo conocía poco alcance de tiro, el puerto de Gibraltar era casi tan inexpugnable como la fortaleza labrada, cual panal de abejas, en la gigantesca roca, de más de trescientos metros de altura, que se yergue, solitaria y espectral, como una auténtica columna de Hércules, en el extremo meridional de la península. El magnífico puerto gibraltareño, como su aeródromo, de construcción muy reciente, puede existir y rendir valiosos servicios, como en la última guerra, gracias a la neutralidad benevolente, tan calumniada, de España. Sin neutralidad benevolente, ni en los astilleros, ni en los docks se habría podido trabajar con eficacia. Los múltiples trabajos de reparación de naves y aun de fortificación del propio Peñón no podrían llevarse a cabo sin la cooperación de los 12.000 trabajadores que entran por la mañana en Gibraltar para salir por la noche y pernoctar en La Línea o en Algeciras. Los cuatro kilómetros cuadrados de territorio resultan escasísimos para la guarnición —compuesta de dos a cuatro mil personas— y la población autónoma, que asciende a unas veinticinco mil almas. Con la enemistad u hostilidad española —no hay en el mundo un solo tratadista que lo niegue— el puerto y el aeródromo no podrían, en absoluto, ser utilizados. Tanto el uno como el otro —especialmente el puerto— se hallan en el centro de un ancho círculo de montañas y elevaciones, desde las cuales se domina con tiro de variado y fácil calibre, no sólo el puerto sino todas sus instalaciones, depósitos de carburantes, talleres y cuarteles. Todavía sería mucho más fácil defender el puerto y el aeródromo de ataques aéreos que de una artillería fija y móvil que disparase en fuego cruzado desde los distintos puntos estratégicos de que dispone España, tanto sobre su suelo propiamente dicho, como sobre la tan cercana costa de África, al otro lado del Estrecho. La Fortaleza —el «Rock» tan caro de la época victoriana, blasón y leyenda de la *Navy* inglesa— podría, en rigor, resistir mucho tiempo gracias a sus galerías y artillado en el interior de su granítica mole. Pero ¿qué utilidad podría tener para Inglaterra la posesión en precario del «Rock», sin poder utilizar ni el puerto ni el aeródromo? El puerto, cuyas luces se reflejan poéticamente sobre las aguas en nuestra fotografía, es la vida, la propia razón de ser de Gibraltar. Es la primera escala de la ruta de las Indias, el «canal» vital de Inglaterra, cuya conservación y defensa ha motivado toda la política británica desde Napoleón hasta nuestros días. Después de Gibraltar, a menos de mil millas, está Malta (posesión mejor que Gibraltar por su condición de isla y por disponer de un territorio o espacio vital del que carece la antiguamente, hoy ya no, llamada «llave del Estrecho») y, después, más al oriente, a casi igual distancia, Port Said, y, finalmente, a poco más de mil millas, Aden. Este cordón umbilical era esencial para unir Inglaterra con la India. Pero, hoy, ¿dónde está la India?

**A**LGUNOS periódicos ingleses han motejado de inoportunos los comentarios que se han hecho, en distintos periódicos españoles, sobre el hecho de Gibraltar. «¿Por qué hablar de eso ahora cuando la situación del mundo y, en especial la de Inglaterra, se halla enturbiada por los acontecimientos en Asia?», se preguntaban algunos. En realidad no ha sido el Jefe del Estado Español con sus declaraciones, ni los comentarios de prensa española que le precedieron, los que han provocado esa actualidad de Gibraltar, que, por otro lado, se reproduce casi rítmicamente cada ocho o diez años. Muchas otras veces habrá sido España quien haya planteado este tema, y no le falta razón para ello, puesto que la reivindicación sobre Gibraltar es sustantiva y permanente. Sin embargo, precisamente en esta ocasión, no han sido los españoles sino el Gobierno inglés quien ha puesto sobre el tapete la cuestión de Gibraltar. Se ha modificado, aunque muy levemente, el Estatuto Jurídico-Político de Gibraltar. El Consejo Ejecutivo, presidido por el Gobierno que regía hasta ahora los intereses de la Colonia, ha sido sustituido por un Consejo

Legislativo. Si en el precedente Consejo Ejecutivo todos sus miembros eran de designación oficial, en el presente Consejo Legislativo, hay cinco miembros de elección popular, otros cinco de designación oficial—aunque dos de ellos pueden ser personas privadas o ajenas a la Administración—, y todos, en conjunto, están presididos, también, por el Gobernador, autoridad máxima de Gibraltar ahora, antes y en un indeterminado futuro, puesto que Gibraltar, por encima de todo, es una fortaleza militar y la población civil sólo existe como emanación de ella. Se podría haber cambiado este Estatuto, que en tan poca proporción afecta a la precaria ciudadanía de los gibraltareños, y, probablemente, la cosa no hubiera tenido más trascendencia si el Gobierno inglés no hubiera caído en el error de dar a este hecho una solemnidad, un aparato y una envergadura totalmente desconocida en la plaza. Durante años los ingleses han tenido el acierto de, como vulgarmente se dice, no hablar demasiado de «la sogá en casa del ahorcado». ¿Cómo los ingleses preguntan ahora por qué los españoles han hablado tanto estos días de Gibraltar,

cuando el Gobierno de Londres ha mandado a presidir la ceremonia de la inauguración del mencionado Consejo Legislativo, nada menos que a su Alteza Real el Duque de Edimburgo? El simpático yerno del Rey, se trasladó desde Malta, donde pasa parte del año al mando de una pequeña unidad de la flota, a Gibraltar, y el día 23 del pasado mes de noviembre habló en nombre del Rey y pronunció un discurso alusivo al acto.

El que esto suscribe, debido a la sola circunstancia de haber sido el único periodista español presente en la ceremonia de la inauguración del Consejo Legislativo, se ve obligado si no como experto, por lo menos sí como testigo presencial, a dar un reflejo de la significación política de la nueva estructura política gibraltareña y su planteamiento en la actual y futura política internacional.

No hacer eso, por parte de cualquier español, sería tanto como desertar del interés que debe demostrar por todo lo que puede ir ligado al presente, pasado y futuro de la Plaza de Gibraltar, preciada joya, un día, de nuestra Corona.

**H**E AQUÍ EL SECTOR, POSIBLEMENTE, MÁS DRAMÁTICO DE GIBRALTAR. ASÍ APARECE EL ISTMO, O FAJA TERRITORIAL QUE UNE EL «Rock» con la tierra madre, visto desde cierta altura de la escarpada roca. En primerísimo término se ve un rincón e instalaciones del moderno aeródromo gibraltareño, en gran parte ganado al mar. Es un aeródromo casi inverosímil. Lo atraviesa, de parte a parte, la misma carretera que une el Gibraltar inglés con España. Cuando un avión tiene que despegar o tomar tierra se echan unas vallas y la carretera queda interceptada, exactamente lo mismo que ocurre con el paso a nivel de una vía férrea. Tan pronto la carretera acaba de atravesar el aeródromo desemboca en la puerta o control (casetas de la extrema izquierda) donde montan la guardia «highlanders», soldados de artillería, y «policemen» cuyo acento gaditano tanto contrasta con su aspecto y uniforme, tan acusadamente londinenses. Un paso más, la verja queda salvada y ya se está en España, como lo atestigua la presencia de un infante español montando una simbólica guardia junto, materialmente pegado, a la verja inglesa. Esta llamada zona neutra, que muchos ingleses definen como un «no man's land», en realidad cae bajo jurisdicción española. Por ese territorio del istmo se pasean los soldados españoles que han construido los nidos de ametralladoras y casamatas que fácilmente se pueden apreciar en nuestra fotografía. El cinturón contra tanques que está a pocos metros de la verja es, en cambio, inglés. Muchas fricciones entre Inglaterra y España ha motivado esta zona de contacto. Durante la guerra napoleónica, aliados entonces ingleses y españoles, los primeros consiguieron de los segundos la destrucción de fortines y defensas ante la posibilidad—dijéronles— de que fueran utilizados por los franceses contra la plaza. ¡Hoy es un desierto, un triste y desierto campo el que media entre Gibraltar y La Línea de la Concepción!

Mas, ¿es mucho mejor la amalgama humana que vive en la superpoblada Línea? Al final, y a la derecha, de esa carretera casi lunar, se ven las casetas del control español e, inmediatamente, empieza el desordenado caserío de La Línea. Años y años de incuria han permitido la concentración en este lugar de más de 60.000 habitantes, venidos de todas partes al reclamo de un fácil tráfico. No existía La Línea antes del tratado de Utrecht. Su nombre arranca de su mismo emplazamiento. Casi la totalidad de los 12.000 trabajadores que contribuyen con su esfuerzo a la vida de Gibraltar viven en La Línea. Desgraciadamente no viven sólo los honrados trabajadores. Tal rapidez en el crecimiento del número de habitantes de La Línea se debe a motivos más próximos al contrabando que al trabajo propiamente dicho. Es casi un deber patriótico señalar el defecto congénito de esta ciudad. Muchos viajeros que, de escala en Gibraltar, siguiendo una ruta marítima o aérea, visitan los alrededores en breve paseo sólo se llevan de España la imagen de La Línea de la Concepción donde la miseria se une al desorden. Recientemente el Jefe del Estado Español ha tenido el excelente acuerdo de «adoptar» Algeciras y La Línea de la Concepción. Es de esperar que con este motivo y mediante la ayuda que eso supone, La Línea ofrezca mejor aspecto y puedan, entonces, los españoles enorgullecerse de la existencia de una población que hoy está ya entre las tres mayores de la poblada provincia de Cádiz.

Imposible de identificar en la fotografía, hacia la ladera de la montaña que al fondo dibuja su silueta, está la población de San Roque, en cuya Iglesia se venera la imagen de la Virgen de Gibraltar y donde está depositada la llave que se llevó consigo la población española cuando abandonó la plaza para no convivir con las fuerzas anglo-holandesas que en 1704, aprovechando la alianza con los españoles del Archiduque Carlos, ocuparon la plaza y enarbolaron un mal día la bandera de la Reina Ana.





**E**N ESTA FOTOGRAFÍA AÉREA SE ENCIERRA LA MEJOR EXPLICACIÓN DE GIBRALTAR. COMO UN ESTRIBO QUE INVITARE A LOS MOROS a tomar pie en la España visigótica, Gibraltar ofrece su único lado suave, su ladera en plano inclinado al mar del Estrecho, a las más vecinas costas africanas. Al llegar a la cima, la ladera se quiebra —«Salto del lobo»— como el tajo de un cuchillo y Gibraltar quiebra en escarpado, casi en pared perpendicular, su cara que da hacia el interior, hacia su madre España. He aquí, muy brevemente expuesta, una de las razones por las cuales Gibraltar ha resistido tantos sitios terrestres y sólo ha podido ser, cual navío, abordado con alguna mejor fortuna desde el mar. Desde las crestas que se ven en el extremo derecho de la fotografía hasta el pie donde está emplazado el aeródromo (siempre refiriéndonos a la cara que da a La Línea) hay trescientos metros de picado. La naturaleza no cede sus derechos y no se arredra ni poco ni mucho por el «Empire State Building» de Nueva York y menos por la Torre Eiffel de París... Por el lado Sureste, completamente invisible en la fotografía, el escarpado cae casi directamente sobre el mar. En algunos sitios apenas hay emplazamiento para una carretera circular sobre la cual a veces cae rodando y saltando alguna piedra proyectada por la mano de algún mono, personajes casi sagrados de Gibraltar y que sólo viven en la parte más alta de la montaña. En otros sitios de ese lado —el más abrupto— hay, sin embargo, una pequeña ensenada como en la que está situado el antiguo villorrio de pescadores llamado de los catalanes. En el primer término de la fotografía, y a la derecha, se ve un pequeño faro. Ésa es la célebre Punta Europa. ¿Es ése realmente el punto último de nuestro Continente o es el cabo de Tarifa? El cabo de Tarifa está más al sur y, desde luego, bastante más cercano de las costas de África que la Punta Europa gibraltareña. Sin embargo, la historia y la leyenda han querido que esté en Gibraltar el último punto de Europa. Y ha sido así en todas las épocas.

En los primeros años de la Reconquista, Gibraltar fué tanto una plaza fuerte como un santuario. «Nuestra Señora de Europa» tenía una capilla no lejos de donde hoy emerge el faro más arriba señalado y era objeto de peregrinaciones desde varios puntos de la baja Andalucía. Poco después del alevoso establecimiento en Gibraltar de las fuerzas de Rooke (quienes, primeramente, tomaron posesión del Peñón en nombre del español Don Carlos de Austria) la soldadesca se dedicó a la destrucción y pillaje de las iglesias y conventos. Se vivía entonces todavía en el envenenado clima de las guerras religiosas y el odio contra el «papismo» produjo hechos lamentables que se unieron, por sí algo faltaba, a la maniobra político-militar del expolio. El nada sospechoso autor inglés G. T. Garrat dice en su libro publicado en Londres en el año 1939: «Mas los mayores desórdenes se cometieron en la ermita de «Nuestra Señora de Europa». Los marineros y soldados del príncipe de Hesse —es curioso recordar que era alemán— maltrataron la imagen de la Virgen y arrancaron la cabeza del Niño Jesús que la Virgen sostenía en sus brazos. Algunas mujeres sufrieron ultrajes e insultos, lo que provocó a su vez diversos actos de venganza por parte de los gibraltareños, quienes dieron muerte a los opresores. En ese deplorable estado de cosas los desgraciados ciudadanos —quienes se habían defendido valerosamente y habían obtenido una honorable capitulación, que les permitió quedarse en Gibraltar sin ser molestados— tomaron una resolución muy poco frecuente en la Historia: prefirieron abandonar la ciudad donde habían nacido antes de someterse a una dominación extranjera» (página 49 de *Gibraltar and the Mediterranean*).

También por esa misma ladera suave, que casi flota entre las entrecortadas corrientes del Estrecho, entró en España el persa Tarik con un Ejército de bereberes. Tarik fué el primer hombre que comprendió el valor estratégico de la Roca de Gibraltar. No es injusto, pues, que ya para siempre se haya llamado, al hasta entonces mitológico «Mons Calpe», Tabel Tarik o Montaña (Tabel) de Tarik.

LA ESTAMPA DE UNA CALLE DE GIBRALTAR SIEMPRE SE OFRECE EN PLANOS SUPERPUESTOS. LA ESCASA FAJA DESTINADA A LA POBLACIÓN civil —constreñida entre la roca fortificada por un lado y la zona prohibida del puerto, astilleros o aeródromos, por otro—, obliga a los habitantes a una vida un poco concentrada. Sin las salidas a España los habitantes de Gibraltar llegarían a sufrir claustrofobia. Esa atracción que en ellos ofrece la «salida» a España quizás explique el porqué del curioso hecho de ver apegado a los actuales gibraltareños a la lengua, costumbres y religión comunes al resto de España, a pesar de que menos de un cuarto de la actual población es de origen español. Para comprender lo que se acaba de decir bastará citar los apellidos de los cinco elegidos directos para el Consejo Legislativo, todos ellos personas muy respetables y queridas por sus conciudadanos: Isola, Panayotti, Risso, Hassan y Patrón. Se representan en esos apellidos los distintos orígenes de la población actual de Gibraltar, cuyas raíces van de Malta a Génova y del Norte de África —árabes o semitas— a la Baja Andalucía. Son, los gibraltareños, gentes muy simpáticas y hospitalarias, dedicadas en su mayor parte al comercio y algunos, con gran espíritu de empresa, a la industria. Existe una importante factoría pesquera y se están construyendo otras instalaciones modelo que honran mucho al espíritu de trabajo de los gibraltareños, cuya condición políticamente ambigua no hace más que extremar, por parte española, una desinteresada simpatía hacia ellos. Bajo estos tejados españoles —Tejas se llama un Estado de la Unión Americana, también de neta raíz hispana— viven esforzadamente miles de gibraltareños. Durante la última guerra sufrieron incomodidades de todo orden. Muchísimos de ellos, la gran mayoría, ante el peligro de bombardeos italo-germanos hubieron de ser evacuados a Londres, donde muchos murieron por mortíferos bombardeos que, a la postre (siempre gracias a la neutralidad española), no padeció Gibraltar, cuyo peor bombardeo aéreo tuvo lugar cuando los franceses del Norte de África quisieron vengarse del cañoneo de Mazalquivir. Hoy, en la paz, los gibraltareños también viven físicamente constreñidos por la escasa dimensión, agravada por las crecientes necesidades militares, especialmente por la construcción del aeródromo. Antes de la guerra española, más de dos mil de entre ellos vivían entre Algeciras y La Línea. Pero hoy, si ningún trabajador español pernocta en Gibraltar, tampoco ningún gibraltareño reside fuera de los límites de la Plaza, donde por la tarde busca solaz jugando al tenis o al fútbol en los campos y pistas enclavados entre cañones, túneles y astilleros. En Gibraltar, lo español, como en esa fotografía donde no falta ni el caballo atado, a la andaluza, junto al alféizar de la ventana, que se mezcla curiosamente con lo inglés. Tiendas imitando las de Bond Street conviven bajo rótulos de apellidos españoles, como esa famosa tienda de novedades cuyo título campea sobre la puerta: «Fernández Sisters»





**M**AÑANA EN GIBRALTAR, PODRÍA TITULARSE ESTA FOTOGRAFÍA. LAS CASAS —LAS DE MÁS ARRIBA CONSTRUCCIONES MILITARES Y anexos, como la Y. M. C. A.— ascienden trabajosamente por la ladera de la «Roca» hasta que la verticalidad granítica les impide totalmente proseguir. Abajo, las calles limpias y asfaltadas por donde transita una atareada población de neto aspecto español. La mujer con la niña en un primer término y esa fuerte vendedora de frutas que habrá entrado en Gibraltar con el sol, al brazo su cesta repleta de naranjas, de manzanas o de uvas procedente de Algeciras o de la Línea... Ninguna de las dos, sin embargo, ofrece el aspecto tan hispano como esa mujer ya madura que con el capazo en la mano hace desfilar su riguroso luto contra la blanca cal de la pared del fondo (a la derecha). España y el sur de España se ven en esa viva fotografía, toda ella encuadrada bajo las altas y sosegadas palmas de un día de otoño. En esa calma de los países de gran sol, Gibraltar entra en los presentes años en una nueva fase de su historia que parece ser ignorada por algunos ingleses aferrados a la idea de que «Gibraltar es una tradición», aunque no es desconocida por otros ingleses más avisados y realistas quienes ven fatalmente avanzar una nueva situación en la vida histórica de Gibraltar. Estamos viviendo, como dijo quizás antes que nadie el inglés G. T. Garrat, el fin de una era para ese Gibraltar de solidaria grandeza.

El desarrollo increíble de las armas modernas por un lado y la recesión del Imperio inglés por otro lado serían motivos suficientes para ver entrar a Gibraltar en una nueva fase. Pero nada lograría cambiar el futuro de Gibraltar tanto como la amenaza del gran Imperio ruso que obliga a todos los occidentales a darse las manos para no perecer como los griegos durante las guerras del Peloponeso. En una futura guerra Gibraltar sería un instrumento del Pacto del Atlántico. Y si España figurara en esa defensa, debería ser ella —cuya neutralidad ha hecho posible en las más recientes ocasiones la eficacia militar de Gibraltar— la única que pudiera aportarlo a la estrategia occidental, lo mismo que aportaría Menorca, Vigo o los aeródromos de la Meseta. ¿Cómo podría ser de otra manera? Nadie podría pedirle que aportara todo su suelo a la defensa común sin Gibraltar, porque esto sería más que desmedido: sería inicuo. No hay que perder de vista, mientras tanto, la táctica con que Norteamérica ha disuelto, en más de una ocasión, alguna de las formas estrechas del colonialismo de Inglaterra como condición para compartir con ella la defensa militar.

Por primera vez desde hace dos siglos, la granítica roca de Gibraltar está entrando «políticamente», en una fase flúida. Algo habrán intuido los gibraltareños de ese imponderable sustancial que pasa por la constelación atlántica, aunque sus reacciones yerren de dirección, lo cual no es de extrañar, habida cuenta de su origen. Así, más o menos recónditamente, muchos de ellos —especialmente los comerciantes, que constituyen la mayoría— abrigan la tendencia de ir hacia una «tangerización». Esa tendencia, que, claro está, en modo alguno cuadra con la invariable tesis española, es, sin embargo, reveladora de que algo hormiguea en Gibraltar.